

Begonya Saez Tajafuerce

Universitat Autònoma de Barcelona
begonya.saez@uab.cat

El exilio en lo propio según Jean-Luc Nancy y María Zambrano

Resumen

La pregunta a la que nos conduce el texto de J. L. Nancy «La existencia exiliada» es en qué medida el exilio es una condición existencial universal solo accidentalmente ligada a una experiencia de abandono de un lugar supuestamente originario. A dicha pregunta nos conduce también en significativa medida María Zambrano desde *La tumba de Antígona*. Con el fin de plantearla, me propongo llevar a cabo una lectura de sendos textos de Nancy y de Zambrano, a los que me gustaría poner en diálogo mediante un tercero, firmado también por aquel: Hegel. *La inquietud de lo negativo*.

Palabras clave

Exilio, Antígona, singular,
J. L. Nancy, M. Zambrano.

Abstract

The question towards which we are driven by J.L. Nancy's text, 'The exiled existence' is to what extent exile is a universal condition of existence, only accidentally linked to an experience of abandonment of an origin. To this question we are also significantly led by María Zambrano in *La tumba de Antígona*. In order to develop this question, I propose to carry out a parallel reading of both texts, which I would like to bring into dialogue with a third one, also signed by J.L. Nancy: *Hegel. The Restlessness of the Negative*.

Keywords

Exile, Antigone, Singular,
J. L. Nancy, M. Zambrano.

La pregunta a la que nos conduce la lectura del texto de Nancy «La existencia exiliada» es en qué medida el exilio es una condición existencial universal solo accidentalmente ligada a una experiencia de abandono de un lugar supuestamente originario. A dicha pregunta nos conduce también en significativa medida María Zambrano desde *La tumba de Antígona*. Con el fin de plantearla, me propongo llevar a cabo una lectura de sendos textos de Nancy y de Zambrano, a los que me gustaría poner en diálogo mediante un tercero, firmado también por Nancy, titulado *Hegel. La inquietud de lo negativo*.

Antes de abordar dicha lectura, es preciso poner de manifiesto un presupuesto clave para su planteamiento que, sin embargo, no podrá ser desarrollado aquí, a saber: afirmar que el exilio es una condición existencial universal implica la condición existencial universal de la vulnerabilidad que es propia de todo individuo como condición ética y política, la cual, *vis-à-vis* la experiencia del exilio, lo expropia una y otra vez. La vulnerabilidad se lee aquí, entonces, como la condición universal de expropiación originaria.¹ Y es en el marco de dicha presunción ontológica donde se desarrolla la presente exposición de la experiencia del exilio.

El exilio en lo propio

La reflexión de Nancy en «La existencia exiliada»² parte de una doble acepción del exilio relativo a la existencia. En este sentido, Nancy propone abordar el exilio o bien «como pasaje que prelude y prepara un regreso»,³ o bien como un «exilio definitivo y sin retorno».⁴ La segunda acepción refleja el cambio de concepción de la subjetividad en clave contemporánea, según la cual «el hombre es en suma exiliado fuera de sí mismo, fuera de su humanidad».⁵ Ese exilio corresponde a la concepción de la existencia, en clave heideggeriana, *qua* ek-sistencia, es decir, no como dato, acto o resultado, sino como apertura. Nancy entiende que lo constitutivo de la existencia así concebida es un exilio «fundamental: un «estar fuera de», un «haber salido de», según lo cual el existente es aquel que «parte, no hacia un lugar determinado, sino [...] absolutamente».⁶ La existencia es esa partida incesante, «movimiento siempre empezado»⁷ y «movimiento de salida de lo propio: fuera del lugar propio [...] fuera del ser propio, fuera de la propiedad en todos los sentidos y, por tanto, fuera del lugar propio como lugar natal, lugar nacional, lugar familiar, lugar de la presencia de lo propio en general».⁸

Lo interesante del contundente y abarcador planteamiento de Nancy, lo que merece mi atención en este punto, es el giro que él otorga a la consideración del exilio, tras plantear una nueva dicotomía: de un lado, el exilio es tomado por «la desgracia por excelencia», que deriva en «el exilio consumado como exterminio», en la Shoah, catástrofe de catástrofes. De otro, en cambio, el exilio es presentado como la posibilidad «más positiva [...] del ser o la existencia» que toman los cuerpos de los/las migrantes –finalmente, todos los cuerpos– para la reinención del cuerpo del mundo. Y sostiene, y aquí el giro: «la desgracia es indispensable para la realización del ser».⁹ Debe merecer nuestra atención que esta tesis sea la misma que sostendrá Zambrano en su análisis de Antígona, de cuyo sacrificio, como veremos, nace la conciencia, nace una Nueva Ley y, con ellas, nace otro mundo.

El giro que Nancy propone para pensar la experiencia del exilio encuentra su principal punto de apoyo en un cuestionamiento de la dialéctica que, en el intento de aunar lo que no se deja unir, deviene

1. La vulnerabilidad obra en este texto como presupuesto en la medida en que la reflexión que se propone tiene un carácter primordialmente ontológico y, a la vez, político, dada la convicción –arraigada, dicho sea de paso, en una concepción relacional de la ontología– de que la reflexión ontológica contemporánea debe aspirar a significar también en clave política para un sujeto que es siempre ya interpelado desde otra posición (un «tú», simplificando) o, mejor, desde otra disposición subjetiva, otra con respecto a la disposición subjetiva moderna (que se basta y se sobra en y consigo misma). Esta otra posición y/o disposición alude aquí, con relación a la experiencia contemporánea del exilio, a lo que llamo «expropiación originaria», y a lo que Judith Butler denomina «desposesión». Según Butler: «if my survivability depends on a relation to others, to a 'you' or to a set of 'yous' without whom I cannot exist, then my existence is not mine alone, but is to be found outside myself, in this set of relations that precede and exceed the boundaries of who I am.» Butler, J., *Vulnerabilitat, supervivència*, Barcelona, CCCB, 2008 (*Vulnerability, Survivability*; edición bilingüe catalán-inglés), pág. 53.

2. Texto traducido por Juan Gabriel López Guix y publicado en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, núm. 26-27, Barcelona, 1996, págs. 34-42.

3. Op. cit., pág. 34.

4. *Ibidem*.

5. Op. cit., pág. 37.

6. *Ibidem*.

7. Op. cit., pág. 38.

8. *Ibidem*.

9. *Ibidem*.

10. Op. cit., pág. 39.
11. Op. cit., pág. 40.
12. *Ibidem*.
13. *Ibidem*.
14. Op. cit., pág. 41.
15. *Ibidem*.
16. Op. cit., pág. 42.

«dialéctica del exilio».¹⁰ Mediante un recorrido genealógico a través del exilio en su planteamiento judeo-cristiano, pero también griego –cuyo protagonista sería Ulises–, Nancy constata que el exilio «sólo es transitorio», es decir, que la expropiación acaba resolviéndose en una reapropiación. Uno sale de sí para volver a sí. He ahí la dialéctica, cuya negatividad solo consiste en negarse a sí misma para avanzar y, así, restituirse y operar de nuevo. Sostener el pensamiento del exilio en esa dialéctica es peligroso, según Nancy. De lo que se trata, es decir, el verdadero reto para suscitar un acercamiento político al tema, consiste en «plantear una negatividad no dialectizable en el exilio».¹¹ Solo de este modo se sostiene el pensamiento del exilio en un vacío persistente que permite visibilizar su carácter puramente desgraciado «que no conduce a nada»¹² y que hace imposible, entonces también, su legitimación. Nancy identifica como referente histórico de esta concepción del exilio las diferentes formas que obtiene en el derecho romano y, en concreto, en su última forma, la «deportatio», y que Nancy remite, a su vez, a «todas las Shoahs». Y añade, en acuerdo explícito con todas las voces del pensamiento contemporáneo, desde Benjamin y Adorno: «sabemos que no se trata en absoluto de dialectizar la deportación».¹³

El antídoto para esa dialectización indeseada e indeseable pasa por otorgar a la partícula «ex» estatuto ontológico, en tanto que «sería o haría lo propio, propiedad de lo propio»,¹⁴ permitiendo establecer de ese modo «ex» mediante un vínculo insoslayable entre existencia y exilio, por cuya fuerza ambos significarían «la dimensión misma de lo propio»¹⁵ que, sin embargo, es siempre ya, una y otra vez, lo extraño. El existente no es sino «ser sí mismo un exilio», salida en sentido estricto o, mejor incluso –para no correr el riesgo de perder el carácter pragmático que también determina la concepción del exilio en Nancy–: salir/saliendo. Y solo en la salida, como salida, saliendo, entonces, existe. Sin antes y sin después.

Nancy piensa ese ser salida y/o ser saliendo como un ser relación y, en concreto, como «relación consigo mismo».¹⁶ Y dicha relación cuenta con tres enclaves que son su condición de posibilidad a la vez que se conforman en ella: el cuerpo, el lenguaje y el «con». Esos tres lugares del exilio en lo propio tienen en común ser lugares paradigmáticos de relación en tanto esta no ostenta el reconocimiento, es decir, un retorno a sí. Se trata de la relación que no se conforma en clave dialéctica, cuando por dialéctica se sobrentiende, como apuntaba más arriba, un lugar donde ha lugar el apaciguamiento de la negatividad que, devorándose a sí misma, desarticulándose, entonces, opera como simple medio para un fin. En la propuesta de Nancy, en la medida en que esos tres enclaves operan en la dialéctica como obstáculos a dicho apaciguamiento y, así, en virtud del carácter absolutamente negativo que imprimen a la misma y, de ahí, a la relación, el cuerpo permanece expuesto, el significado permanece indefinido y el «ser con» permanece alejado, aparte.

Para la presente reflexión, al menos dos cuestiones merecen ser rescatadas en la lectura del texto de Nancy, que son relativas a la lógica del exilio en lo propio y que permiten su presentación. La primera es que esa lógica, como hemos visto, se conforma según un principio otro del principio dialéctico, o, para mayor precisión, se conforma según un principio otro del principio dialéctico que, en la propuesta de Nancy, es su principio más propio, es decir, la negatividad absoluta que impide la dialectización. La segunda cuestión a rescatar es que esa lógica es singular en el sentido en que es la lógica propia del singular o, incluso cabría añadir, es la lógica que singulariza. Con el fin de desarrollar sendas cuestiones, y como anunciaba al inicio, voy a poner a dialogar *La existencia exiliada* con otro texto de Nancy: *Hegel. La inquietud de lo negativo*, relativo al principio de la lógica hegeliana y, luego, con un texto de María Zambrano al que ya he aludido también: *La tumba de Antígona*.

17. Nancy, J. L., *Hegel. La inquietud de lo negativo*, Madrid, Arena Libros, 2005 (*Hegel. L'inquiétude du négatif*, Paris, Hachette, 1997), pág. 10.

La lógica de la relación

Partiendo de *La existencia exiliada* es preciso insistir en la lógica de la relación como lógica necesaria, pues la relación es necesaria en el planteamiento ontológico de Nancy. En una modalidad discursiva que, dicho sea de paso, se diría tanto más una glosa de Kierkegaard –y, en concreto, de las líneas que firma Anti-Climacus al inicio de *La enfermedad mortal*– que del propio Hegel, Nancy da cuenta de esa necesidad en un texto escrito en 1997, *Hegel. La inquietud de lo negativo*, en los siguientes términos:

«Sí mismo» no puede precederse a sí mismo, porque «sí mismo» es precisamente la forma y el movimiento de una relación consigo mismo [...] Este mundo no sólo posee conciencia de la separación: es en la separación donde posee autoconciencia, y donde hace la experiencia de esta conciencia. Más exactamente aún: porque se experimenta como un mundo de la separación, su experiencia adopta la forma del «Sí mismo». Esta forma es la de una relación y de un movimiento. «Sí mismo» quiere decir «en relación consigo mismo»: es una relación cuyo término no está dado, así como el mundo de la separación es uno en donde ya no están dados los términos de una relación de sentido, términos tales como «naturaleza», «dioses», «comunidad».¹⁷

La lógica del exilio en tanto que lógica de la relación solo puede darse como «separación». De ahí que no tenga como sujeto «un yo», una conciencia dada de antemano capaz de conquistar otras conciencias, sino un «sí mismo» que dibuja un trazo reflexivo que no conduce a nada, o, cuando menos, a nada asible en/como un punto fijo y determinado, que no aúna nada, que no aglutina, que no reúne, que es el trazo de la relación. Ese trazo es el del círculo en el que el sujeto se pone, paradójico, paradójicamente, puesto que está, en un perpetuo vaivén, «fuera de sí». Y aclara Nancy, con referencia explícita a Hegel, que para este el círculo es también el lugar que describe de forma privilegiada a la subjetividad conformada en clave

18. Op. cit., pág. 24.
 19. Op. cit., pág. 42.
 20. Op. cit., pág. 24.
 21. Op. cit., pág. 27.
 22. Op. cit., pág. 28.
 23. *Ibidem*.
 25. *Ibidem*.
 26. Op. cit., pág. 63.
 27. Op. cit., pág. 70.

dialéctica. Sin embargo, de lo que aquí se trata, lo que aquí se piensa y lo que aquí se subraya «es un «círculo de círculos» y no la simple disposición de los mismos volviendo hacia lo idéntico». ¹⁸ Trazado en el círculo, el sujeto no-yo, el sujeto sí-mismo, escribe Nancy leyendo a Hegel, «es lo que no *se* posee y lo que no *se* retiene y que en suma posee su «se» [es decir, su lógica reflexiva] en este mismo «no»: no-subsistencia, no-sustancia, surgimiento, sujeto». ¹⁹ La lógica del exilio en tanto que lógica de la relación es, como se anunciaba al principio, una lógica de la expropiación.

Esa posición que es desposesión en el espacio y en el tiempo, desplazamiento desde y hasta el desarraigo, lo es, en primer lugar, de una identidad otra de la esencial. Sujeto no es ya, afirma Nancy en referencia al contexto griego, Ulises, pues «no hay figura única y sustancial del sujeto. Quien penetra en sí es cada vez otro distinto, y su relación». ²⁰ Así, solo la lógica de la relación sostiene al sujeto y lo sostiene en la alteridad radical; lo sostiene en la negatividad. La lógica de la relación es la lógica de la existencia y comporta en ella para el sujeto «desde su primera y más pobre abstracción, un desgarramiento de la identidad, su dislocación y alteración –y, así, el pensamiento riguroso a través del cual lo idéntico se identifica». ²¹ He aquí la lógica del exilio.

Conformado de acuerdo con la lógica de la relación, el mundo hegeliano, indica Nancy, señala la negatividad, «es el mundo donde ninguna generalidad subsiste, sino sólo singularidades, infinitamente». ²² La subjetividad se inclina a la singularidad encontrando en ella su único modo de ser posible, que no es la permanencia, sino la puntualidad «idéntica a su surgimiento», a que da lugar «su negatividad». ²³ Inclined hacia la singularidad, la subjetividad participa de la lógica de la relación en cuanto que separación constituyente, cuyo primer elemento existencial es el dolor. ²⁴ Afirma rotundamente Nancy: «Experimentar dolor es experimentarse singular», ²⁵ cuya verdad posee «en la penetración en sí de lo negativo. Sé que la verdad está fuera de mí y sé que soy la verdad fuera de mí». ²⁶ Solo en una suerte de sacrificio de sí, de mortificación de sí, como afirma el propio Hegel en el capítulo iv de *La fenomenología del espíritu*, es posible la apropiación de esa verdad que solo entonces deviene verdad, verdad universal singular. Solo entonces es aprehendida. En efecto, como indica Nancy, «la apropiación es la aprehensión (el «concepto») de esto: que lo propio adviene como des-aprehensión». ²⁷ Está aquí apuntada ya la lógica de la relación *qua* lógica del singular como sacrificio. La existencia tanto como el exilio en lo propio que la constituye se conforman como sacrificio –como expropiación originaria– en el singular.

La lógica (del) singular: Antígona

Es preciso señalar, de entrada, que lo singular de la lógica del singular reside en el hecho de resistir a la sublimación totalitaria,

luego a la supresión, y de conservar el universal a fin de transformarlo, mediante la existencia (que solo puede ser insistencia) en la negatividad, en el devenir sujeto.

La lógica del exilio en lo propio, en cuanto que lógica singular o, mejor, en tanto que lógica del singular, tiene un referente en la obra de María Zambrano en el que me gustaría detenerme con el fin de observar en qué consiste su experiencia y, así, entrever en qué consiste la experiencia del exilio en lo propio. El referente lo ofrece Antígona a modo de contrarreferente de Ulises, que, como hemos visto, solo ofrece en este contexto un modelo de sujeto moderno, ajeno, por tanto, a la lógica de la relación.

Antígona es la doncella protagonista de un «singular sacrificio», la cual vive «indefinidamente entre la vida y la muerte».²⁸ Y en ello consiste el sacrificio, en la persistencia indefinida de la existencia en un *entre* que no cesa. En realidad, bastaría con dicha cita del texto de Zambrano para enmarcar y justificar el diálogo de su texto con los de Nancy, pues todo se juega en ese *entre*, en la experiencia de Antígona. Y es que, en cuanto que «figura de la aurora de la conciencia [...] [h]a de vivir vida y muerte unidas en su trascender. Que este trascender no se da sino en esta unión, en estas nupcias».²⁹ Sin embargo, desde ese *entre*, desde ese no-lugar señalado para la existencia, vamos a preguntarnos aún ¿en qué medida y sentido marca de manera determinante el exilio la experiencia de Antígona según Zambrano?

En primer lugar, cabe remitir a lo que la autora identifica en su prólogo –que es mi único referente textual para el diálogo– como el origen del sino del exilio de Antígona y que consiste, precisamente, en «la anomalía de su origen».³⁰ El origen de Antígona es un origen otro en sentido estricto y literal: *an-omalós*, no semejante o di-semejante. Antígona nace de una relación otra, anómala, sin duda, como sujeto anómalo. Antígona nace anomalía. O, aún, con Antígona nace la anomalía cuando menos en el ámbito de la tragedia, en cuyo seno Antígona instaura esa relación otra en que radica su origen otro. De ahí que, por fuerza de dicha anomalía, Antígona crece «como una larva en su capullo» dentro del conflicto trágico que «ingresa en la categoría de la tragedia» cuando esta no alude solo al «relato de una catástrofe».³¹ La tragedia alude con Antígona al «proceso trágico de la familia y de la ciudad»,³² que la exceden y que arrojan, desde ella, su sentido. La anomalía nace con Antígona y con ella crece en el conflicto que deviene, entonces, tragedia en cuanto que conflicto irresoluble o, como apunta Zambrano, sin posibilidad de «rescate»,³³ pues ni siquiera la muerte de Antígona puede detener ya el sacrificio permanente y repetido. En efecto, al hilo de la negatividad en la lógica hegeliana, destaca Zambrano que «el sacrificio sigue siendo el fondo último de la historia, su secreto resorte. Ningún intento de eliminar el sacrificio, sustituyéndolo por la razón en cualquiera de sus formas, ha logrado hasta ahora establecerse».³⁴

28. Zambrano, M., *La tumba de Antígona y otros textos sobre el personaje trágico*, ed. de V. Trueba Mira, Madrid, Cátedra, 2012, pág. 145.

29. Op. cit., pág. 152.

30. Op. cit., pág. 146.

31. *Ibidem*.

32. *Ibidem*.

33. Op. cit., pág. 147.

34. Op. cit., pág. 148.

35. Op. cit., pág. 149.
 36. Op. cit., pág. 152.
 37. *Ibidem.*
 38. Op. cit., pág. 154.
 39. Op. cit., pág. 155.
 40. Op. cit., pág. 156.
 41. *Ibidem.*
 42. *Ibidem.*
 43. *Ibidem.*
 44. Op. cit., pág. 160.
 45. Op. cit., pág. 162.

En segundo lugar, el sacrificio se configura, entonces, como lógica de la historia que, considerada historia del sujeto (ya sea el individuo, la familia o la ciudad), «y más aún si está movida por el amor»,³⁵ apunta Zambrano, conlleva un descenso a los infiernos (que son los *ínferos* sobre los cuales se sostiene la ciudad y que ponen de manifiesto la declinación de la lógica del Estado como lógica del sacrificio). «Ello [dice] sucede así ya en esta tierra, donde sin abandonarla, el dado al amor ha de pasar por todo: por los infiernos de la soledad, del delirio, por el fuego, para acabar en estado naciente. Es una figura de la aurora de la conciencia».³⁶ Eso es lo que es Antígona: una figura de la aurora de la conciencia que comporta un abandono, «el abandono total de sus dioses»,³⁷ el desamparo absoluto, la expropiación ineludible. Antígona vive su vida y muere su muerte en el abandono, que es, sobre todo, abandono al tiempo, sin que su destino le haya sido revelado en modo alguno, sin sentido. Vive su vida y muere su muerte a la deriva y sola. «La pasión de Antígona se da en la ausencia y en el silencio de sus dioses», insiste Zambrano.³⁸

En tercer lugar, el *entre* de la experiencia del exilio en Antígona se conforma también en el prólogo de Zambrano como un espacio indeterminado de significación, una «equis» tapiada donde se pierde la orientación, donde cae la vertical, una «incógnita»³⁹ que requiere de la acción de la mediación gracias a la cual, en pugna con la ambigüedad, con el equívoco y con la tergiversación, se abre ese espacio en cuanto que espacio propio. En ese sentido, afirma Zambrano, y resulta muy interesante, «la Tragedia griega es un espacio privilegiado para que la figura de una especie de mediador aparezca».⁴⁰ En ese espacio indeterminado que ocupa en su pasión Antígona en cuanto que «especie de» mediadora, y, por ello, protagonista, un espacio que es ajeno a la moral, que viene después, tienen su lugar «las acciones extraordinarias, entre los dioses y los hombres, entre el destino y la naciente libertad», que, sin ella, «no se cumplirían».⁴¹

En cuarto lugar, es importante tener en cuenta que la mediación es un delirio y que no puede ser de otro modo pues solo en el delirio es posible asumir esta «hazaña fuera de lo común».⁴² En efecto, no solo la moral, también «la razón viene después».⁴³ Antígona-mediación-delirio se erige en «presencia operante», en motor, en catalizador, en sujeto, pues, que da lugar al sacrificio que se consume en ella y, mediante ella, para transmutar la esencia que constituye «dos contrarios que luchan entre sí».⁴⁴ De esa transmutación, de ese sacrificio, resulta una Nueva Ley, una ley otra de la ley fraternal, suspendida en una acción fratricida, que es la ley de Antígona, hermana, ejecutadas ambas en un exilio en lo propio. Esa ejecución apunta a un lugar otro que Zambrano llama «transcendencia»⁴⁵ y que comporta para la existencia un «vacío hasta entonces desconocido», ajeno a todo orden espacial, ya sea familiar o estatal. De ese modo, en ese *entre* que conforma en su acción-discurso, Antígona «no encuentra lugar alguno ni entre los vivos ni entre los muertos; se le revela su soledad. Una soledad que únicamente el Dios desconocido,

mudo, recoge». Ante ese Dios que, aún siendo (o, quizá, por el hecho de ser) desconocido, es el único que reconoce, en Antígona, añade Zambrano, «se cumple hasta el fin el proceso de la *anagnórisis*, en que una humana criatura, sin culpa propia, singular, se convierte en sujeto puro, diríamos, de profética soledad».⁴⁶

Antígona nace de nuevo en este segundo reconocimiento que la conduce fuera de lo propio, en esa segunda inmediatez, ese otro propio. Y, en esa aurora, nace con ella la Nueva Ley, que es la ley de la soledad humana. Ese segundo nacimiento coincide «no con su muerte, sino con ser enterrada viva»,⁴⁷ según Zambrano, que habla de una muerte «por entrañamiento»,⁴⁸ una muerte en lo propio. Antígona muere una muerte imposible. La muerte de Antígona es un *entre* «que es tránsito» que consiste en «ir dejándose aquí la vida y llevándose el ser, mas no tan simplemente [...] pues en criatura de tan lograda unidad, ser y vida no pueden separarse ni por la muerte».⁴⁹ Así, la muerte de Antígona, que es su nacimiento, cobra la única forma posible que es el adormecerse, una muerte, como su vida, fuera de lo común. La imagen de Antígona encerrada viva en la cueva, entregada al tiempo, es la imagen paradigmática del exilio, valga decir, eterno, en lo propio. Su tumba, lugar del sacrificio, lugar de la historia, es el lugar en que «la verdad germina y trasciende [siendo] sólo visible en ciertos momentos, en otros no se ve y nunca acaba de verse. Nunca puede ser apresada en un concepto, ni en una idea, como toda verdad en estado naciente».⁵⁰ Y, en ese sentido, coincido con Zambrano en afirmar que «[e]s una estirpe la que Antígona funda», que es un «arquetipo».

La estirpe que funda Antígona es la

estirpe de los enmurados no solamente vivos sino vivientes. En lugares señalados o en medio de la ciudad entre los hombres indiferentes, dentro de una muerte parcial, que les deja un tiempo, que los envuelve en una especie de gruta que se puede esconder en un prado o en un jardín, donde se les ofrece un fruto puro y un agua viva que les sostiene ocultamente: sueño, cárcel a veces, silencios impenetrables, enfermedad, enajenación. Muertes aparentes. Lugares reales y, al par, modos con que la conciencia elude y alude, se conduce ante estas criaturas. Y ellas se ocultan y reaparecen según números desconocidos. Vuelven en una aparición que progresa al modo de la aurora.⁵¹

Finalmente, el sacrificio de Antígona-mediación-delirio es el sacrificio de la conciencia que pende del reconocimiento pleno y que se constituye «en un nítido espejo, que no le arroje su condena».⁵² En ese sacrificio se instituye, atravesada por la lógica del singular, la presencia pura que «logra sólo el desposeído que es también el desenajenado»⁵³ y que pone el cuerpo de Antígona, que ese cuerpo hace presente en el delirio. «Y su presencia se hace una, una presencia inviolable; una conciencia intangible, una voz que surge una y otra vez».⁵⁴ Y que persiste.

46. *Ibidem*.

47. Op. cit., pág. 163.

48. Op. cit., pág. 164.

49. Op. cit., pág. 165.

50. Op. cit., pág. 167.

51. Op. cit., pág. 168.

52. Op. cit., pág. 171.

53. Op. cit., pág. 172.

54. Op. cit., pág. 173.